

—Pero ¿qué demonio ha hecho usted? ¡Eso es una barbaridad!

Bouroche, extenuado, no contestaba. Después tranquilamente dijo:

—He hecho lo que debía hacer, lo mejor que podía hacer. No quería que reventases. Además, te he consultado y me has dicho que sí.

—¡He dicho sí, sí! Pero ¡qué sabía yo!

Su furia se deshizo en lágrimas.

—¿Qué quiere usted que haga sin brazo?

Se lo llevaron, lo echaron sobre la paja y volvieron á lavar la mesa y el hule y los cubos de agua roja que volvieron á tirar sobre las flores, ensangrentando el ramillete de margaritas.

A Delaherche le extrañaba seguir oyendo el cañoneo. ¿Por qué no cesaba ya? El mantel de Rosa debía estar izado sobre la ciudadela. Y parecía por el contrario que el estrépito aumentaba en intensidad. Era un ruido imponente, un sacudimiento que estremecía hasta á los menos nerviosos de pies á cabeza, en una angustia creciente. Aquellos sacudimientos que taladraban el corazón, no debían de ser muy buenos para los que operaban ni para los operados. La ambulancia estaba calenturienta, alocada hasta la exasperación.

—Si ha acabado todo, ¿por qué continúan?—dijo Delaherche, que prestaba mucha atención, creyendo á cada segundo oír el último cañonazo.

Después, al volver en busca de Bourouche, para recordarle al capitán, le vió en la paja, echado boca abajo, los brazos desnudos, metidos en un cubo de agua helada. Agotadas las fuerzas morales y físicas, el médico descansaba aniquilado, abatido por una tristeza, una desolación inmensas, en uno de esos minutos de agonía de médico que se siente impotente. Este, sin embargo, era un hombre sólido, tenía piel dura y un corazón que había hecho sus pruebas. Pero descorazonado viendo que todos sus

esfuerzos eran inútiles, comprendiendo que le era imposible hacerlo todo, ese pensamiento le había paralizado. ¿Para qué? ¡puesto que después de tanto trabajo heroico, la muerte había de llevarse sus víctimas!

Dos enfermeros llevaban sobae una camilla al capitán Beaudoin.

—Señor Bourouche,—se permitió decir Delaherche,—aquí está el capitán.

Bouroche abrió los ojos, sacó los brazos del agua, los sacudió, los secó en la paja. Después, poniéndose de rodillas:

—¡Ah, sí, ahora otro!... No ha acababa del trabajo.

Y estaba de pie, refrescado, sacudiendo su cabeza de león, dispuesto á seguir, gracias á su práctica y á la imperiosa disciplina.

Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y se quedaron á alguna distancia, cuando echaron al capitán sobre el colchón cubierto por el hule.

—Es por encima del tobillo derecho,—decía Bourouche que hablaba mucho, para entretener al herido. No es malo el sitio. Eso tiene buena compostura. Vamos á ver eso.

El estado de atontamiento en que se encontraba el capitán, le preocupaba mucho. Miraba la primera cura que le habían hecho, una venda sencilla, apretada y sostenida sobre el pantalón, por una vaina de bayoneta. Y, entre dientes gruñía, preguntándose quién era el puerco que había hecho aquello. Después se calló.

Acababa de comprender; con seguridad que en el *landau* lleno de heridos, había debido aflojarse la venda, escurriéndose, dejando de comprimir la herida, lo que había originado una gran hemorragia.

Bouroche se encolerizó de pronto y descargó su cólera contra un enfermero.

—¡Pedazo de animal, corta eso pronto!

El enfermero cortó el pantalón y el calzoncillo, cortó el zapato y el calcetín. La pierna y el pie aparecieron blancos, manchados en sangre. Y había allí, por encima del tobillo, un boquete tremendo, en el cual un pedazo de granada había empotrado un trozo de pantalón. Un poco carne destrozada salía por aquella herida.

Gilberta tuvo que apoyarse contra una de las columnas del cobertizo. ¡Ah! ¡aquella carne tan blanca, aquella carne sangrando ahora y aplastada! A pesar del espanto no podía apartar los ojos de aquel cuadro.

—¡Demontres!—dijo Bourouche,—¡le han apañado á usted bien!

Tentaba el pie, lo encontraba frío no sentía latir el pulso. Se había puesto muy serio, frunciendo las cejas, como cuando se veía ante un caso grave.

—¡Demontres! ¡vaya un pie malo!

El capitán, á quien la ansiedad sacaba de su somnolencia, le miraba, aguardaba; y acabó por decir:

—¿Lo cree usted, Bourouche?

Pero la táctica del médico era la de no pedir nunca directamente al herido la autorización acostumbrada, cuando se imponía una amputación. Prefería que el herido cayese él mismo en la cuenta de que era necesaria.

—¡Vaya un pie malo! ¡no podremos salvarle!

Nervioso, Beaudoin, añadió:

—Vamos, hay que acabar de una vez, ¿qué piensa usted?

—Pienso en que es usted un capitán muy valiente, y que me va usted dejar hacer lo que es preciso.

—Haga usted lo que quiera.

Los preparativos no fueron muy largos. El ayudante había empapado la servilleta en cloroformo, que fué aplicado inmediatamente á las narices del herido. Después, en el momento en que la corta

agitación que precede á la anestesia se producía, dos enfermeros dejaron escurrir suavemente al teniente sobre el colchón, para que estuvieran las piernas libres, y uno de ellos cogió la izquierda, mientras que el otro apretaba con todas sus fuerzas la derecha á raíz del muslo, para comprimir las arterias.

Entonces, cuando vió á Bourouche coger el cuchillo, Gilberta no pudo resistir más.

—¡No, no, esto es horrendo!

Desfallecía, se apoyó sobre la señora Delaherche que pudo sujetarla para que no cayera.

—Pero ¿por qué se quedan ustedes?

Las dos continuaron allí. Volvían la cabeza, no queriendo ver, inmóviles temblorosas, apretadas una contra otra, á pesar de lo poco que se querían.

En aquel momento fué cuando el cañoneo producía más estrépito. Eran las tres y Delaherche, desesperado, declaraba que no comprendía lo que pasaba. Ahora ya estaba fuera de duda, en vez de cesar el fuego, las baterías alemanas lo redoblaban. ¿Por qué? ¿qué ocurría? Era un bombardeo infernal, la tierra temblaba, el aire quemaba. Alrededor de Sedan, la cintura de bronce de los ochocientos cañones del ejército alemán, tiraban á la vez, atronando el espacio y aquel fuego convergente, de todas las alturas que rodeaban la ciudad, tirando al centro, hubiese quemado y pulverizado la ciudad en un par de horas. Lo malo era que empezaban á caer granadas sobre las casas. Se oía el estrépito con más frecuencia y estallaron algunas en la calle des Voyards. Otra tiró una chimenea de la fábrica y cayeron algunos trozos delante del cobertizo.

Bourouche alzó los ojos gruñendo.

—¡Qué! ¿van á acabar con nuestros heridos? ¡Ese estrépito es insoportable!...

Un enfermero había agarrado la pierna del capitán, y con una rápida incisión circular, el médico cortó la piel por debajo de la rodilla, cinco centí-

metros más abajo del sitio por el cual pensaba aserrar el hueso. Después, con auxilio del mismo cuchillo, que no soltaba para no perder tiempo, separó la piel, la recogió hacia arriba como si estuviera mondando una naranja.

Y cuando se disponía á cortar los músculos, se acercó un enfermero y le dijo al oído.

—El número dos ha muerto.

Con el estrépito que reinaba, Bourouche no oyó.

—¡Hable usted alto! Los oídos echan sangre con ese cañoneo.

—¡El número dos ha muerto!

—¿Quién es ese número dos?

—El brazo.

—¡Bueno, pues me traerá usted al número tres, el de la boca!

Y con una celeridad extraordinaria, sin detenerse, cortó los músculos de un solo tajo, hasta el hueso. Puso al descubierto la tibia y el peroné é introdujo entre ellos una compresa para sujetarlos. Después, de un golpe de sierra los echó abajo, y el pie se quedó en la mano del enfermero que lo sostenía.

Cayó muy poca sangre, gracias á la presión que ejercían más arriba las manos del ayudante, alrededor del muslo. Ligaron inmediatamente las tres arterias. Pero Bourouche movía la cabeza, y cuando el ayudante separó los dedos, examinó la herida, murmurando, seguro que el paciente no podía oírle aún.

—¡Es lástima, las pequeñas arterias no dan sangre!

Después, de un gesto, acabó el diagnóstico: ¡otro hombre al igual! Y sobre su cara sudorosa reaparecieron la fatiga y la tristeza, esa desesperación que venía á condensarse en esta frase: «¿Para que sirva todo lo que hago? puesto que no se salvan cuatro hombres de cada diez.» Se limpió la frente, bajó la piel y empezó á hacer las tres suturas.

Gilberta había vuelto la cabeza. Delaherche le había dicho que la operación había acabado. Pero aún vió al enfermero que se llevaba el pie al osario. Este iba llenándose, había allí otros dos cadáveres, uno con la boca desmesuradamente abierta y negra, parecía que aun chillaba, el otro empujado por una atroz agonía se había vuelto del tamaño de un niño, enclenque y contrahecho. Lo malo era que el monton de restos humanos, acababa por desbordarse en el paseo del jardín. No sabiendo donde colocar convenientemente el pie del capitán, el enfermero dudó un momento y por fin lo echó encima del monton.

—¡Ya se acabó! dijo Bourouche á Beuadoin, que volvía en sí. ¡Ya está fuera de peligro!

Pero el capitán se despertó con esa alegría que suele proceder á las operaciones felices. Se levantó un poco, volvió á caer, balbuceando con voz débil:

—Gracias, Bourouche. Prefiero que se haya acabado.

Pero sentía el dolor que le causaba la cura con alcohol. En el momento en que acercaban una camilla para llevárselo, una terrible detonación acababa de oirse detrás del cobertizo conmoviendo toda la fábrica; era una granada que había estallado detrás del cobertizo, en el pequeño patio donde se encontraba la fuente. Volaron cristales, mientras que una humareda espesa llenaba la ambulancia. En la sala, el pánico se apoderó de los heridos sobre sus lechos de paja y todos querían levantarse, echar á correr lanzando lamentos.

Delaherche, alocado, echó á correr para ver el desastre. Pues qué ¿iban á destruirle la casa, á incendiársela ahora? ¿qué ocurría? Puesto que el emperador quería que cesara el cañoneo ¿por qué había vuelto á empezar?

—¡A ver si no se mueven ustedes!—dijo Bourouche á los enfermeros que estaban asustados.—¡Lá-

venme ustedes la mesa. Vayan á buscar el número tres!

Lavaron la mesa, echaron unos cuantos cubos de agua roja á todo vuelo sobre las flores del jardín. Las margaritas nadaban en sangre y las yerbas y las flores flotaban en un lago rojizo. Y el médico, para descansar un poco, empezó á buscar una bala al número tres, la que después de haberle destrozado el maxilar inferior debía haberse incrustado debajo de la lengua. Caía mucha sangre y se le pegaban los dedos.

El capitán Beaudoin había sido llevado á la sala y estaba echado en un colchón. Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y Delaherche, aunque preocupado, fué allí á hablarle un momento.

—Descanse usted, capitán. Vamos á prepararle un cuarto y se quedará con nosotros.

En medio de su postración, el capitán abrió los ojos, tuvo un momento de lucidez.

—No; creo que voy á morir.

Miraba á los tres con ojos muy abiertos, llenos del espanto de la muerte.

—¿Qué dice usted, capitán?—dijo Gilberta, haciendo esfuerzos para ocultar su dolor.—Dentro de un mes estará usted de pie.

Movía la cabeza, no miraba más que á ella, reflejándose en sus ojos el pesar de abandonar la vida, un sentimiento de abandonar la existencia, tan joven, sin haber agotado los goces del mundo.

—¡Voy á morir! ¡voy á morir!... ¡Esto es horrible!...

Después notó que su uniforme estaba manchado y roto, que tenía las manos negras y se avergonzó al verse así delante de las señoras. Ese pensamiento le mortificaba tanto, que le dió de nuevo todo su valor y logró decir:

—Pero, si muero, quiero morir con las manos lim-

pias... Señora, hágame el favor de mojar una toalla y de dármela.

Gilberta corrió y volvió con la toalla, y ella misma quiso frotarle las manos. Desde aquel momento, demostró tener mucho valor, como hombre que desea morir dignamente. Delaherche le animaba, ayudaba á su mujer á colocarle bien y la anciana señora Delaherche, delante de aquel moribundo, al ver al matrimonio tan unido auxiliándole, sintió que su odio se desvanecía. Estaba dispuesta á callarse una vez más, á pesar de que había jurado revelarlo todo á su hijo. ¿Para qué destruir la felicidad de aquella casa puesto que la muerte se llevaba la culpa?

Aquella situación acabó pronto. El capitán Beaudoin, que iba debilitándose, cayó en una especie de sopor. Un sudor frío le inundaba la frente y el cuello. Abrió los ojos un momento, tentó su cuerpo como si hubiese buscado una manta imaginaria, hizo como que se arropaba, con las manos encogidas.

—¡Ah, tengo frío, tengo mucho frío!

Murió, se apagó la vida sin hipo, y su cara tranquila, delgada, conservó una expresión de infinita tristeza.

Delaherche cuidó de que el cuerpo de Beaudoin, en vez de ir á parar al osario, fuese depositado en la cochera. Quiso obligar á Gilberta á que se retirara, pues estaba llorando y muy conmovida, pero ella no quiso, prefirió quedarse con la señora de Delaherche, entre el ruido y la agitación de la ambulancia, que no le daban tiempo para tener miedo. Dió de beber á un cazador de Africa, á quien la fiebre hacía delirar, ayudaba á un enfermero á curar la mano de un soldado, de un quinto de veinte años, que había venido á pie desde el campo de batalla con el pulgar cortado; y como era muy ale-

gre y se burlaba de la herida, acabó por distraerse con él.

Mientras el capitán había estado agonizando, el cañoneo parecía haber aumentado; otra granada cayó en el jardín destrozando uno de los árboles más grandes. Gentes asustadas gritaban que todo Sedan ardía, pues un incendio imponente se había declarado en el barrio de Cassine. Todo quedaría destruido si aquel bombardeo continuaba con tal violencia.

—¡No es posible, esto es inaguantable! ¡quiero volver allí!—dijo Delaherche furioso.

—¿A dónde?—preguntó Bouroche.

—A la subprefectura, para saber si el emperador se burla de nosotros cuando dice que va á izar la bandera blanca.

Bouroche estuvo algunos segundos sin saber lo que le pasaba: la idea de aquella bandera blanca, de la derrota, de la capitulación que caía en medio de su impotencia para salvar á todos aquellos desgraciados que le llevaban, le anonadaba. Estaba desesperado y dijo á Delaherche:

—¡Vaya usted al infierno! De todos modos estamos perdidos.

Delaherche tuvo más dificultades para poder pasar entre los grupos que habían aumentado. A cada instante las calles iban atestándose de soldados desbandados. Interrogó á algunos oficiales que encontró al paso: ninguno había visto la bandera blanca sobre la ciudadela. Por último, un coronel declaró que la había visto flotar un momento, pero que en seguida la habían bajado. Aquello podía explicarlo todo: ó los alemanes no la habían visto ó habiéndola visto aparecer y desaparecer habían redoblado el fuego, comprendiendo que se acercaba la agonía. Hasta circulaba una historia: un general, loco de cólera al ver la bandera blanca, se había precipitado sobre ella y la había arrancado

rompiendo el asta y pateando el mantel. Y las baterías prusianas seguían tirando; los proyectiles llovían sobre los tejados y en las calles ardían las casas; una mujer había sido aplastada en la plaza de Turenne.

En la subprefectura, Delaherche no encontró á Rosa en la portería. Todas las puertas estaban abiertas, el desastre empezaba. Entonces subió, encontrando en la escalera gentes desconocidas, preocupadas, sin que nadie le preguntara cosa alguna. En el primer piso encontró á Rosa.

—¡Ah! señor Delaherche, esto va mal... ¡Mire usted, mire usted pronto si quiere ver al emperador!

En efecto, á la izquierda, una puerta medio entornada permitía ver á Napoleón que había vuelto á emprender sus paseos desde la ventana á la chimenea. Paseaba, no se detenía á pesar de los dolores que le hacían sufrir horriblemente.

Un ayudante acababa de entrar, el que había dejado la puerta entornada, y se oyó la voz del emperador que le decía:

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he izado la bandera blanca?

Era su tormento: aquel cañón que no cesaba y que aumentaba en violencia á cada minuto. No podía acercarse á la ventana sin que su corazón no se oprimiese. ¡Más sangre derramada, más muertos, y todo por su culpa! Cada minuto que pasaba amontonaba más cadáveres. Y en su desesperación de soñador enternecido, había dirigido ya más de diez veces la misma pregunta á las personas que le rodeaban.

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo contestó algo que Delaherche no pudo oír. El emperador había continuado su paseo, cediendo, á pesar de todo, á su deseo

de volver delante de aquella ventana donde desfallecía al oír el continuo cañoneo. Su palidez había aumentado desde por la mañana; en su cara larga, triste y estirada de donde aún no había desaparecido la pintura de la mañana, se reflejaba su agonía.

En aquel momento un hombrecito con el uniforme lleno de polvo, y en el que Delaherche reconoció al general Lebrun, atravesó el descansillo y empujó la puerta sin anunciarse. Y en seguida se volvió á oír la voz angustiada del emperador.

—Pero por fin, general, ¿por qué siguen tirando puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo salió, cerró la puerta y Delaherche no pudo oír la contestación del general. Todo había desaparecido.

—¡Ah! — repitió Rosa, — todo se echa á perder; se comprende al ver la cara que tienen esos señores. Es como mi mantel: no le volveré á ver; hay quien dice que lo han roto... En todo lo que pasa, el emperador es el que me da más lástima, porque está más enfermo que el mariscal y estaría mucho mejor en su cama que en ese cuarto paseándose.

Estaba muy emocionada y su linda carita rubia expresaba mucha pena. Delaherche, cuyo furor bonapartista se enfriaba desde hacía dos días, la encontraba un tanto necia. En la portería estuvo un rato con ella aguardando á que saliera el general Lebrun. Y cuando éste apareció, le siguió.

El general Lebrun había explicado al emperador que si se quería pedir un armisticio, era preciso enviar una carta firmada por el general en jefe del ejército francés y dirigida al general en jefe de los ejércitos alemanes. Después se había ofrecido á escribir la carta y á buscar al general Wimpffen que tenía que firmarla. Llevaba la carta, pero tenía algún temor de no encontrar al general Wimpffen, ignorando en qué sitio del campo de ba-

talla podía encontrarse. En Sedan era tal la aglomeración de gentes, que tuvo que andar al paso de su caballo, lo que permitió á Delaherche acompañarle hasta la puerta de Meuil.

En la carretera, el general echó al galope y tuvo la suerte al llegar á Balan, de ver al general Wimpffen.

Este había escrito momentos antes al emperador:

«Señor, venga á ponerse á la cabeza de vuestras tropas y tendrán mucha honra en abrirle un camino á través de las líneas enemigas». Así es que cuando oyó hablar de armisticio se puso furioso. ¡No, no! ¡no firmaría nada, quería batirse! Eran las tres y media. Y fué poco después cuando tuvo lugar aquella tentativa heroica y desesperada, aquel último empuje para abrir un camino á través de los bávaros, yendo otra vez sobre Bazeilles. Por las calles de Sedan, en los campos cercanos, con objeto de animar á los soldados se gritaba: «¡Bazaine llega, Bazaine llega!» Después por la mañana era este el ensueño de muchos y creían oír los cañones del ejército de Metz, á cada nueva batería alemana que empezaba á disparar. Lograron reunir mil doscientos hombres, soldados desbandados de todos los cuerpos, donde se mezclaban todas las armas; y la pequeña columna se lanzó gloriosamente sobre el camino barrido por la metralla á la carretera. Primero fué magnífico, los hombres que caían no detenían á los demás, recorrieron unos quinientos metros, con una furia heroica. Pero, muy pronto, las filas se aclararon y los más valientes se replegaron. ¿Qué hacer contra el poder del número? Solo había allí la temeridad loca de un jefe de ejército que no quería ser derrotado. Y el general Wimpffen acabó por encontrarse solo con el general Lebrun, sobre aquel camino de Balan á Bazeilles, que tuvieron que abandonar definitivamente. No

quedaba más solución que batirse en retirada sobre Sedan.

Delaherche, al perder de vista al general, había regresado á escape á la fábrica, poseído de la idea única de subir á su observatorio, para seguir de lejos los sucesos. Pero al llegar tuvo que detenerse bajo el porche al encontrarse con el coronel Vienneil, al que traían con el pie ensangrentado, medio desvanecido, sobre un montón de heno, en un carrito. El coronel se había empeñado en querer reunir los restos de su regimiento, hasta el momento en que cayó del caballo. En seguida le subieron á una habitación del primer piso y Bourroche que había acudido, no encontrando más que una herida en el tobillo, curó la herida después de sacar unos trozos de cuero de la bota. Estaba desesperado, furioso; bajó las escaleras diciendo que prefería cortarse él mismo una pierna, á continuar su oficio de ese modo, sin el material suficiente y sin los ayudantes necesarios. Abajo, no sabían ya donde colocar los heridos y los dejaban en el jardín sobre la yerba. Había ya dos hileras aguardando, lamentándose, bajo las granadas que continuaban cayendo. El número de heridos llevados á la ambulancia desde las doce, pasaba de cuatrocientos, y Bourroche había pedido cirujanos y sólo le habían enviado un médico joven, de la ciudad. No podía dar abasto, sondaba, cortaba, aserraba, cosa, fuera de sí, descorazonado, viendo que le llevaban siempre más trabajo del que podía hacer. Gilberta, ebria de horror, con náuseas al ver tanta sangre y tantas lágrimas, se había quedado cerca de su tío, el coronel, dejando abajo á la señora Delaherche, que daba de beber á los calenturientos y limpiaba las caras sudorosas de los que agonizaban.

Al subir á la terraza, Delaherche trató de darse cuenta de la situación. La ciudad había sufrido

menos de lo que se creía, un incendio único lanzaba gran humareda en el barrio de la Cassine. El fuerte del Palatinado no tiraba ya por falta de municiones y únicamente los cañones de la puerta de París disparaban de vez en cuando. En seguida vió que se había izado una bandera blanca en el fuerte, pero no debía verse desde el campo de batalla porque el fuego continuaba con la misma intensidad. Algunos tejados cercanos le ocultaban el camino de Balan y no pudo seguir el movimiento de las tropas. Además, al mirar con los anteojos, acababa de fijarse en el Estado Mayor alemán que había visto en aquel mismo sitio al mediodía. El amo, el minúsculo soldado de plomo, alto como la mitad de un dedo, en el cual había creído reconocer al rey de Prusia, estaba siempre de pie, con su uniforme oscuro, delante de los demás oficiales, la mayor parte tendidos en la hierba. Había allí oficiales extranjeros, ayudantes de campo, generales, príncipes, provistos todos de anteojos, siguiendo desde por la mañana la agonía del ejército francés, como en un espectáculo. Y el drama tremendo acababa.

Desde aquella altura de la Marfée, el rey Guillermo acababa de presenciar la unión de sus ejércitos. Ya era cosa hecha: el tercer ejército, á las órdenes de su hijo, el príncipe real de Prusia, que había caminado por Saint Menges y Fleigueux, tomaba posesión de la meseta de Illy, mientras que el cuarto, que mandaba el príncipe real de Sajonia, llegaba por su parte á la cita, por Daigny y Gilvonne, dando la vuelta al bosque del Garenne. El XI^o cuerpo y el V^o daban así la mano al XII^o y á la guardia. Y el esfuerzo supremo para romper el círculo en el momento en que se cerraba, la inútil y gloriosa carga de la división Margueritte, había arrancado al rey un grito de admiración: «¡Ah, qué valientes!» Ahora el envolvimiento matemáti-

co, inexorable, se terminaba, las bocas del torno se habían unido, podía abarcar de una ojeada la inmensa muralla de hombres y de cañones que rodea al ejército vencido. Al norte, el cerco se estrechaba cada vez más, rechazando á los que huían, sobre Sedan, bajo el fuego incesante de las baterías, cuya línea bordeaba el horizonte sin interrupción. Al mediodía, Bazeilles conquistado, vacío y triste, acababa de arder lanzando torbellinos de humo y de llamas; mientras que los bávaros, dueños de Balan, apuntaban sus cañones á trescientos metros de las puertas de la ciudad. Y las demás baterías, las de la margen izquierda, instaladas en Pont Maugis, en Noyers, en Frenois, en Wadelincourt, que seguían disparando sin cesar desde hacía unas doce horas, atronaban más fuertemente, completando la infranqueable cintura de llamas, hasta bajo las plantas del rey.

Mas el rey Guillermo, cansado, dejó un momento sus anteojos, y continuó mirando el campo de batalla. El sol oblicuo bajaba hacia los bosques, é iba á desaparecer en un cielo de una pureza sin mancha. Todo el campo inmenso estaba dorado, bañado con una luz tan límpida, que los menores detalles se veían con mucha precisión. Distinguía los menores edificios de Sedan, con los hierros negros de las ventanas, las murallas, la fortaleza, que parecían más grandes, tanto se recortaban las aristas, en rasgos puros. Después, en los alrededores, esparcidos en medio de las tierras, veía las aldeas, frescas y barnizadas, parecidas á las casitas de las cajas de juguetes, Donchery á la izquierda, al pie de su planicie; Douzy y Carignan á la derecha, en los prados. Parecía que se podían contar los árboles en el bosque de los Ardennes, cuyo océano de verdura se perdía hasta la frontera. El Meuse, con sus lentas revueltas, no era, bajo aquella luz espléndida, más que un río de oro fino.

Y la batalla atroz, manchada de sangre, era una pintura delicada vista desde tal altura, en la despedida del sol: jinetes muertos, caballos reventados, sembraban la meseta de Floing, con manchas alegres; hacia la derecha, del lado de Givonne, los últimos atropellos de la retirada, distraían la vista del torbellino de aquellos puntos negros, que corrían y se empujaban; mientras que en la península de Iges, á la izquierda, una batería bávara, con sus cañones, grandes como cerillas, parecía una pieza de mecánica bien montada; de tal modo se podía seguir la maniobra que se hacía con la precisión de un aparato de relojería. Era la victoria esperada, tremenda; y el rey no tenía remordimientos, delante de aquellos cadáveres tan pequeños, aquellos millares de hombres que ocupaban menos espacio que el polvo de los caminos, aquel valle inmenso donde los incendios de Bazeilles, las matanzas de Illy, las angustias de Sedan, no impedían á la impasible naturaleza ser bella en aquel fin sereno de un hermoso día.

De pronto, Delaherche vió subiendo las pendientes de la Marfée, á un general francés vestido con una levita azul, sobre un caballo negro al que precedía un húsar, con una bandera blanca. Era el general Reille, encargado por el emperador de llevar al rey de Prusia esta carta: «Señor y Hermano, no habiendo podido morir en medio de mis tropas, no me queda más que entregar mi espada en las manos de Vuestra Majestad. Soy de Vuestra Majestad el buen Hermano, Napoleón.» En su afán de que acabara la matanza, puesto que no era ya el amo, el emperador se entregaba, esperando apiadar al vencedor. Y Delaherche vió el general Reille, detenerse á unos diez pasos del rey, bajarse del caballo, después adelantarse para entregar la carta, sin arma, teniendo en las manos una fusta. El sol